

así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si nó pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo día que ella se me quitó me quitaron también una bacía de azofar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legitima y licita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, si

no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo, y así como D. Quijote la vió la tomó en las manos y dijo: miren vuestras mercedes con que eara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres pues aun porfian que esta no es bacía

sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo D. Quijote, le haré yo conocer quemiente si fuere caballero, y si escudero que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tambien conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de ecsámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaje, y otros cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero, No por cierto, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, D. Fer-

nando y sus camaradas, y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las yeras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo; cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballeria todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dijo D. Quijote, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secua-

ces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como ni como nó vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecían. No hay duda, respondió á esto D. Fernando, sino que el señor D. Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la teúan del humor de D. Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de D. Luis, y á D. Luis ni mas ni ménos, y á otros tres paságeros que acaso habian llegado

á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver como andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes.... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no

me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de D. Quijote, el cual á esta sazón dijo: aquí no hay mas que hacer sino que cada uno tome lo que essayo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla peusada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aqui estan, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacia, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacia de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva. Mentís como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las

manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis porque con el boroto no se les fuese: el barbero viendo la casa revuelta tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros: D. Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á D. Quijote y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecian á D. Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se atigía, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho: Sancho molía al barbero: D. Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendía: D. Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor

a la santa hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre; y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos; venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no en-

tendian el frásis de D. Quijote, y se veían malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sossejarse, el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de D. Luis tambien se estuvieron quedos viendo euan poco les iba en no estarlo: solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de D. Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el cura que debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que D. Luis le habia dicho. En fin fué acordado que D. Fernando dijese á los criados de D. Luis quien él era, y como era su gusto que D. Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marques seria estimado como el valor de D. Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de D. Luis que no

volvería por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciere pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de D. Fernando y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz ménospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberles puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habian dellerar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes, traía uno contra D. Quijote, á quien la santa hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con

mucha razon habia temido. Imaginando pues esto quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traía venian bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en D. Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de D. Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba: y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asíó á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la santa hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este saltador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y crujéndole los huesos dese cuerpo, como mejor pudo el asíó al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida ántes que D. Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los desuoficio, acudió luego á dalle favor.

La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á D. Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían: pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la santa hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Refase de oír decir estas razones D. Quijote, y con mucho sosiego dijo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿ saltar de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesteros? ¡ Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballeria andante, ni os de á

entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa hermandad, decidme ¿ quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿ quién el que ignoró que son cesentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿ quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preemiencias ni cesenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballeria? ¿ Que caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿ que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿ que castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿ que rey no le asentó á su mesa? ¿ que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿ que caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.

En tanto que D. Quijote esto decia estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse á lo que yo entiendo. En efecto tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de D. Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rencor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y

fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á socapa, y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendenias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde D. Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto D. Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bullo conforme veía y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traía colgada el

alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de D. Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura y lo pagó D. Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano : de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando. Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias asi de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo : es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la

buena ventura, y en muchas graves cosas ha mostrado la esperiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria ántes que el contrario se ponga en defensa : todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruíle, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inespugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y parlámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual con ademan señorial y acomodado al estilo de D. Quijote le respondió desta manera : yo os agradezco, señor caballero, el deseo

que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena; con perdon sea dicho de las tocas hon-

radas. ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó D. Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice no se anduviera hociendo con alguno de los que estan en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez á hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado

carreras, y pasado malas noches y peores dias ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme prisa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos y cada puta hile, y comamos. ¡O váleme Dios, y cuan grande que fué el enojo que recibí D. Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos dijo: o bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almarío de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras

y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo que hacerse sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: no os despecheis, señor caballero de la Tristé Figura, de las sandeces que nuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este peccador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo D. Fernando,

por lo cual debe vuestra merced, señor D. Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio* ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar le echó la bendic'ion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dijo Sancho, escepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si así fuera yo te vengara entónçes y aun ahora; pero ni entónçes ni ahora pude ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos que era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volateria de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto qué creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno lo de haber sido mantenido por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imagina-

das, como su señor lo creía y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como descaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaulá de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote, y luego D. Fernando y sus camaradas, con los criados de D. Luis y los cuadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quien de una manera y quien de otra, de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y viéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los piés de modo que cuando él despertó

con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visages, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura trazador desta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mismo juicio y en su misma figura: el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en que paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que trayendo allí la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: « O caballero de la Triste Figura, no te dé afincamiento la prision en que vas, porque asi conviene para acabar mas presto la

• aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la
 • cual se acabará cuando el furibundo leon man-
 • chego con la blanca paloma tobosina yacieren
 • en uno, ya despues de humilladas las altas cer-
 • vices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo
 • inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los
 • brayos cachorros que imitarán las rapantes gar-
 • ras del valeroso padre; y esto será ántes que el
 • seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas
 • la visita de las lucientes imágenes con su rápido
 • y natural curso. Y tú, o el mas noble y obe-
 • diente escudero que tuvo espada en cinta, bar-
 • bas en rostro y olfato en las narices, no te des-
 • maye ni descontente ver llevar asi delante de
 • tus ojos mismos á la flor de la caballeria an-
 • dante; que presto, si al plasmador del mundo
 • le place, te verás tan alto y tan sublimado, que
 • no te conozcas, y no saldrán defraudadas las
 • promesas que te ha fecho tu buen señor; y ase-
 • gürote de parte de la sabia Mentironiana, que
 • tu salario te sea pagado, como lo verás por la
 • obra; y sigue las pisadas del valeroso y encan-
 • tado caballero, que conviene que vayas donde
 • pareis entrambos; y porque no me es licito
 • decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me
 • vuelvo adonde yo me sé; » y al acabar de la
 • profecia alzó la voz de punto, y disminuyóla des-

pues con tan tierno acento que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: o tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aqui se me han hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y talamo dichoso; y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la insula ó otra cosa equivalente

que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pidiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Quando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro dijo: muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes: pero jamas he leído ni visto ni oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda ó oscura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mi ahora